

Llàtzer Moix



Vuvuzela

Un estadio puede ser en Sudáfrica el templo donde se oficia la reconciliación nacional. Lo sabemos porque leímos *El factor humano de John Carlin* y vimos la película *Invictus* de Clint Eastwood, que recrean la astuta política de Mandela para superar la fractura nacional mediante la afición interétnica al rugby. Pero un estadio puede ser también en Sudáfrica un infierno sonoro, merced al estridente ruido de las vuvuzelas, esas trompetillas de plástico con las que la hinchada local anima a su equipo. Lo sabemos porque hemos visto la tele mientras se retransmitía un partido del Mundial de fútbol, y hemos padecido, sin salir de casa, el ensordecedor ruido que producen miles de aficionados soplando sus vuvuzelas al alimón.

De eso se trata: de hacer ruido. Vuvuzela viene de *vuvu*, que en zulú significa precisamente hacer ruido. La hinchada sudafricana sostiene que el estruendo creado por tan rudimentarios instrumentos, similar al zumbido de un gigantesco y terrorífico enjambre, alienta a sus jugadores. Y, a tal efecto, sopla y sopla hasta alcanzar la barrera de los 120 decibelios. Varios jugadores foráneos han lamentado esta práctica, argumentando que les impide comunicarse con sus compañeros durante los partidos u oír el silbato arbitral, y recordando que la legislación laboral no permite más de 85 decibelios en el puesto de trabajo. Es de suponer, aunque no lo confiesen, que el cafarnameo sonoro debe además enervarles.

Sudáfrica sintetiza en poco más de una nota el omnipresente ruido ambiental

Los sudafricanos opinan, sin embargo, de otro modo. Un portavoz del Mundial ha recordado que "este es un evento organizado por y en Sudáfrica, de modo que los invitados deberían aceptar la cultura del anfitrión". Y Sepp Blatter, máxima autoridad futbolística mundial, ha añadido que no se debe "prohibir a los aficionados esta música tradicional, en su propio país". Lleva razón Blatter. Tampoco se entendería que se impidiera berrear a la afición del Boca Juniors, el Liverpool o el Barça en sus respectivas gradas. O que se privara a la selección española del sutil apoyo de Manolo el del Bombo (quien por cierto acaba de fichar por una marca de hamburguesas de EE.UU.). La diversidad es un valioso tesoro.

Dicho esto, y entre todas las opiniones hasta aquí recogidas, me quedo con la del portavoz sudafricano señalando que el sonido monorde, atronador y desestabilizante de las vuvuzelas forma parte de su cultura. Y que, por tanto, está fuera de discusión. Esto podría parecer una imposición. Pero, si bien se mira, esa cultura no es muy distinta a la de los países más avanzados, donde la polución sonora y la cacofonía generada por el alud comunicacional nos aturden también de continuo. La particularidad de la vuvuzela radica en que sintetiza en poco más de una nota el omnipresente ruido ambiental. Es la versión minimalista del colosal fragor occidental. Quizás algo más irritante, eso sí. Pero de efectos similares sobre nuestro sistema nervioso central.